



# LOS COMUNISTAS

## Ni con ellos, ni sin ellos

*Norberto BOBBIO*

**I**ncluso para alguien como yo que jamás fue comunista, y que tampoco tuvo la tentación de serlo; es más, habiendo dedicado la mayor parte de sus escritos de crítica política a discutir con los comunistas sobre temas fundamentales como la libertad y la democracia; que nunca fue anticomunista y siempre consideró a los comunistas, o por lo menos a los italianos simpatizantes de esa doctrina, no como enemigos contra los cuales luchar sino como interlocutores en un diálogo sobre las razones de la izquierda, el derrumbe catastrófico del universo soviético no puede dejar de motivar alguna reflexión.

Se está difundiendo e incrementando la acusación indiscriminada contra los intelectuales que no entendieron o, peor, que traicionaron; para retomar el título de un conocido libro de Raymond Aron, si la religión es, según Marx, el opio de los pueblos, el comunismo sería el opio de los intelectuales. En este caso el uso genérico del término «intelectuales», con una no disimulada reverencia despectiva, es evidente. Pero no se puede negar que numerosos hombres de cultura y de

ciencia, reconocidos en sus campos de estudio, abrazaron la causa del comunismo con profunda convicción y con absoluto desinterés, y la defendieron contra los ataques de sus adversarios con argumentos propios del hombre no de fe sino de razón. ¿Por qué? ¿No debería haber sido clara desde un inicio la perversión del comunismo que, de acuerdo con los críticos de siempre y de última hora (cada vez más numerosos), estaba inscrita en la misma doctrina de la que el comunismo derivó? ¿Había necesidad de una confirmación histórica, como la que se presentó después de años y años de horrores materiales y morales? Y, ¿qué decir si luego de esta prueba irrefutable el ideal de una sociedad comunista no ha cesado del todo? ¿No deberían plantearse también la misma pregunta los que, repito, aunque nunca fueron comunistas, no opusieron al comunismo el mismo rechazo radical presentado al fascismo? En estos últimos años, frente a la precipitación de los acontecimientos, no he podido pasar por alto el intento de dar una respuesta a esta segunda pregunta, para aclararme antes que nada a mí mismo las razones de un error, si lo hubo, o de un engaño de la mente o de una culpable ceguera.

Quien participó en la lucha antifascista y en la guerra de liberación tuvo la oportunidad de admirar el coraje, el apego incondicional a la causa, el espíritu de sacrificio de los combatientes comunistas que, por lo demás, para liberar a Italia de los nazis y de sus aliados locales, se reunieron en los grupos guerrilleros (*partigiani*) mucho más numerosos que los simpatizantes de otros movimientos y partidos, en particular de los católicos y democristianos; durante el fascismo la oposición clandestina que derivaba inevitablemente en el arresto, la prisión o el destierro, fue llevada a cabo, además de por los seguidores de «Justicia y Libertad», por los comunistas, y con mucha mayor y eficaz organización. Pocos fueron los socialistas; aún menos los católicos. Es un hecho histórico incontrovertible que los comunistas representaron la parte sobresaliente del antifascismo. En todo caso, es una prueba del cambio de ambiente político que la casi completa identificación del comunismo con el antifascismo pueda haber sido considerada durante un tiempo como un mérito de los comunistas y ahora, cada vez más, por el contrario, como un desacierto del antifascismo.

Quienes entonces militaban en el Partido de Acción (1), aun sin tener dudas sobre la distancia que separaba la revolución democrática, por la que propugnaban, de la revolución clasista, que contemplaba la instauración de un régimen de democracia popular, como entonces se decía, que era en los hechos una dictadura bajo el mando del Partido Comunista, estaban convencidos de que en la futura condición constitucional no se hubiese podido pasar por alto la alianza con los comunistas luego de la ignominiosa derrota de nuestro ejército y de nuestra vieja clase dirigente. Inmediatamente después de la liberación se publicó el libro de Augusto Monti, *Realidad del Partido de Acción*, dedicado, no por casualidad, a Giancarlo Pajetta, en el que el Partido de

Acción era definido como un partido liberal que como tal debió ser la conciencia del Partido Comunista. Cuenta Mila que frente a los intentos de Pajetta, compañero de escuela en bachillerato, de convertirlo al comunismo, le replicaba preguntándole: «¿Y cómo hacemos con la libertad?». Muchos años después, habiendo olvidado completamente estos antecedentes, en un intercambio de ideas con Giorgio Amendola sobre el partido único de la clase obrera, le escribí, provocando su reacción, más divertida que escandalizada: «Nosotros tenemos necesidad de su fuerza, pero ustedes tienen necesidad de nuestros principios».

La idea de que el comunismo contenía una gran energía moral que no debía desperdiciarse sino en todo caso transformarse, se mostró, por lo menos en lo que se refiere al comunismo soviético, como una ilusión. La inspiración venía de lejos, de Piero Gobetti (2), pero habían cambiado los tiempos y las situaciones. El mismo Gobetti, por lo demás, que si bien acogió con entusiasmo la Revolución de Octubre, después de algunos años reconsideró la posibilidad real de una alianza con los comunistas. Ilusión inquebrantable, pero luego, quizá demasiado tarde, definitivamente abandonada. No porque el Partido Comunista Italiano, con el cual sólo se abrió el diálogo, no hubiera jugado el rol de partido democrático en nuestro país, comenzando por la contribución brindada en la elaboración de la Constitución, sino porque el comunismo real, el del partido-guía, se había mostrado cada vez más irredimible (y despiadado).

La verdad es que jamás tuvimos dudas de la «cara demoníaca» del poder soviético. En el artículo «Nosotros y los comunistas», publicado en el periódico clandestino del Partido de Acción, *Italia libre*, Tristano Codignola decía claramente, a propósito de un posible frente único entre los comunistas y los accionistas, que el problema de la libertad estaba antes de la conquista del poder, no después, y sostenía que era imposible llegar a la libertad a través de la dictadura. Sin embargo, creíamos en la regeneración de los comunistas, que no hubieran podido gobernar por sí solos mediante la dura experiencia de la lucha por la liberación de las dictaduras fascistas. ¿Combatir una dictadura para instaurar otra? Incluso por lo que se refiere a la «cara demoníaca», no era infrecuente el propósito de buscar justificaciones, a fin de cuentas, atenuantes: la necesidad de acabar con un régimen anterior infame, que no se podría abatir más que por medio de la violencia; luego, el cerco de las naciones capitalistas, y el desafío del fascismo y del nazismo, que habían constreñido a un país todavía en gran parte campesino a una industrialización forzosa, la que, por otra parte, permitió la construcción de un poderoso ejército que habría dado una aportación decisiva a la victoria contra el nazismo; y, todavía más, la necesidad de la reconstrucción después de la terrible devastación producida por un conflicto escenificado en casa; y, en fin, la Guerra Fría, otra y no menos grave amenaza mortal al ejército de la revolución comunista

que provenía de la otra potencia vencedora. A fuerza de encontrar justificaciones, quienes seguían creyendo en la liberación de la humanidad a través del comunismo terminaron por justificar tanto la toma violenta del poder en Checoslovaquia como la brutal represión de la revuelta húngara. Cuando se habían dado cuenta de la maldad de los medios, se recurrió, para continuar creyendo en la bondad de la causa y estar en paz con la propia conciencia, a lo elevado del objetivo: la creación de una sociedad jamás vista donde finalmente habría cesado toda forma de explotación del hombre por el hombre. Si la máxima «el fin justifica los medios» se formuló en todos los tiempos para la salvación de la patria (*salus rei publicae suprema lex*), ¿qué decir cuando está en juego la salvación de la humanidad entera? Al final, agotados todos los argumentos racionales basados en la frase «si, entonces», es decir, tanto más alto es el fin tanto más inevitable recurrir incluso a los medios más reprobables, penetra entonces la pura y desnuda voluntad de creer, que es la última en morir, como la esperanza.

Todo juicio sobre el comunismo, filo-comunismo, anticomunismo no es posible, y es al mismo tiempo éticamente incorrecto, fuera del contexto histórico en el que surgieron tales pasiones: esas convicciones se formaron, esos juicios y prejuicios se originaron en un régimen de terror como el hitleriano, apoyado en la idea de una raza superior llamada a dominar el mundo por un destino ineluctable. Al mismo tiempo este régimen desencadena una guerra total y absoluta, con la necesidad de responder a la violencia de la misma forma, esto es, con la violencia reparadora frente a la dominadora. Hay quien desde el principio tuvo una certeza dogmática en lo justo de la causa de la revolución comunista y de su difusión en el mundo y no se detuvo frente a la mágica evidencia de los hechos, justificándolos o haciéndolos a un lado; hay quien desde el principio tuvo la convicción contraria y actuó en consecuencia, estimando que se tenía que combatir al comunismo con la misma intransigencia con la que se luchó contra el fascismo; también hay quien luego de desgarramientos profundos pasó de una certeza dogmática a una convicción opuesta asumida también dogmáticamente. Hay, en fin, quien, aun no teniendo dudas sobre la inacceptabilidad del comunismo histórico, continuó preguntándose sobre las razones del fracaso de una revolución que encendió las esperanzas y animó la acción de hombres con una alta conciencia moral, con los que frecuentemente contrastan la mediocridad intelectual y la bajeza moral de tanto anticomunismo triunfante. Y se pregunta con un cierto sentido de angustia y sin dar una respuesta adecuada, para retomar el título de un reciente libro de André Gorz: *Und jetzt wohin? (¿Y ahora a dónde?)*.

La pasión y la acción de los comunistas se inspiraron en el ideal de la emancipación humana contra la explotación y la alienación; un ideal universalista antitético al del fascismo, nacionalista, y al nazista, incluso racista. Como laico no tengo dificultad en considerarlo un ideal religioso, y reconozco que es completamente extraño al *ethos*

democrático. Es en esta idea del rescate del hombre de la miseria y de la infelicidad terrenal, de la esclavitud económica y de la opresión política, donde radica la atracción que el comunismo ejerció sobre los desheredados, sobre los que estando en los niveles más bajos de la escala social vieron en un salto cualitativo, en un hecho revolucionario, en una transformación radical de la sociedad, la posibilidad de ascender un escalón más alto. Con la revolución rusa y la toma del poder por los bolcheviques, que tenían a sus espaldas una doctrina filosófica y económica que había efectuado una crítica radical a la sociedad burguesa existente en los países cultural y económicamente más avanzados, parecía que se iniciaba un proceso de transformación total sin precedentes en la historia, un proceso que, detenido en Europa, continuó con una serie de victorias fulgurantes durante la Segunda Guerra Mundial en China.

En la furia del olvido y del darse golpes de pecho por los errores de cálculo y previsión, tratemos de recordar lo que representó, para todos los que se batieron por el renacimiento de una vida civil después de la derrota del fascismo, la aparición de un régimen comunista en el fabuloso e inmenso país del sol naciente. ¿No era lícito preguntarse si de allí en adelante el advenimiento del comunismo estaría inscrito en el devenir de la historia del mundo?

Hoy me planteo esta pregunta porque sólo después de lo que sucedió en la plaza de Tien An Men de Pekín, algunos meses antes de la caída del muro de Berlín, creí saldar las cuentas definitivamente con el comunismo histórico. Pero ahora comienza la búsqueda de las razones por las cuales el propósito de realizar en la historia la utopía de una sociedad libre de la miseria y de la opresión, derivó en su opuesto, en un sistema de poder despótico que cada vez se fue asemejando más al reino del Gran Hermano descrito por Orwell.

La respuesta más común es que la utopía debe permanecer en el cielo de las ideas, porque el hombre está afectado *ab origine*, y no puede salvarse por sí mismo y, la naturaleza humana siendo lo que es, la idea de una salvación total, del hombre nuevo, es *contra natura*. La historia del hombre es una serie ininterrumpida de pruebas y errores, de ascensos y caídas, de reascensos y recaídas, sin una meta final, y si alguna redención existe, no es de este mundo. Pero ahora en perspectiva se puede inferir a partir de quien creyó en eso y, en las condiciones miserables en las que el nacimiento lo llevó a vivir, esperó; de quien no tenía certeza alguna y sin hacerse demasiadas ilusiones, frente a los sufrimientos que parecían insalvables, ante la muerte por inanición que se mostraba inevitable, frente a una historia que parecía destinada desde siempre a estar dominada por la pura voluntad de potencia, prefirió apostar, como el jugador de Pascal, al resultado de la prueba, difícil y nunca antes intentada, en vez de al fracaso; de quien aun desconfiando de la suerte benévola, porque la

apuesta implica un acto de confianza y una esperanza, aunque muy incierta, no ha podido dejar de preguntarse: «¿y si el intento tuviese éxito?».

Menciono a propósito a China, no sólo porque en ese país el comunismo, guste o no, por lo menos como sistema de poder, y como doctrina, a pesar de todas las revisiones, existe aún, sino también debido a que por lo menos para mi generación fue la nación en la que, de un lado, la conquista del poder por parte de Mao y del ejército popular guiado por él, fue el momento culminante de la fuerza expansiva, que parecía irresistible, del comunismo; y, por otro, la masacre de los estudiantes en la plaza Tien An Men, después de tan sólo cuarenta años, fue para muchos, y también para mí —como indiqué—, la señal del fin. Precisamente al destino del comunismo en China me remiten las reflexiones que apunté al inicio sobre la posición, no exenta de ambigüedades, de quien, como yo, asumió el dicho «ni con ellos, ni sin ellos».

Nunca estuve en la Unión Soviética; jamás tuve el deseo. En cambio formé parte de la primera delegación cultural italiana invitada por el gobierno chino para visitar ese país (del 24 de septiembre al 24 de octubre de 1956). La guerra civil terminó en 1949, Mao fue elegido Presidente de la República y Chou En Lai fue designado ministro de Relaciones Exteriores el mismo año. El 1 de marzo de 1953 fue promulgada la nueva Constitución y se inició el primer plan quinquenal. La alianza con la Unión Soviética era muy estrecha, basada en el acuerdo de amistad de febrero de 1950. El inmenso país al que habíamos sido invitados se estaba industrializando con el decisivo aporte de los aliados soviéticos. Era la nueva China pacificada y movida hacia la transformación en república popular y socialista. La delegación estaba compuesta por comunistas, compañeros de viaje, no comunistas y también algún anticomunista; estaba encabezada por Piero Calamandrei, que luego de haber sido miembro de la Asamblea Constituyente como representante del Partido de Acción, había formado parte de pequeños grupos socialistas independientes y de la Unidad Popular durante las elecciones de 1953. Entre las personas más conocidas del grupo estaban los escritores Cassola, Bernari, Fortini, Antonicelli, Trombadori, el pintor Treccani. Pasamos gran parte del tiempo en Pekín, pero viajamos al norte, a Manchuria, hacia el sur recorrimos todo el país hasta Cantón. Llegamos a través de Siberia y la Mongolia Exterior y salimos por Hong Kong. Visitamos lo visitable: fábricas y museos, casas de cultura y escuelas, comunidades agrícolas y locales populares, casas de readaptación de prostitutas y palacios imperiales. Asistimos a espectáculos teatrales antiguos y modernos; llegamos hasta la gran muralla. Desde las gradas de la plaza Tien An Men, donde se reunieron las delegaciones extranjeras llegadas de todo el mundo, presenciamos el gran desfile de la fiesta nacional el 1 de octubre.

Desafiando el riesgo de ser acusado de «tonto útil», estoy dispuesto a corroborar, todavía hoy, el haber visto el más extraordinario espectáculo que jamás haya presenciado. Una parada militar brevísima, a diferencia de lo que sucedía en la Plaza Roja de Moscú, a la que siguió «un espectáculo de gozo, plasticidad, fiesta y espontaneidad» del que salimos entusiasmados preguntándonos: «¿Veremos en alguna otra ocasión algo similar?».

No éramos unos legos ni mucho menos fanáticos; a cada momento ejercíamos nuestro espíritu crítico. Cada día nos resignábamos a escuchar dos o tres discursos oficiales, rituales, siempre idénticos, previos a las visitas en las que el funcionario de turno repetía la lección aprendida de memoria, como el guía de un museo, ilustrando la milenaria historia de China con un antes de Mao o después de él, donde el «antes» abarcaba muchos siglos, y el «después» los pocos años posteriores a la Gran Marcha. Pero es cierto que no había más que pocas ancianas con los pies deformados; también lo es que todos, mujeres y hombres, estaban vestidos de la misma forma con chaquetas y pantalones azules; que las prostitutas habían sido retiradas de la vía pública; que en pocos años se construyeron casas para los obreros (poco atractivas, para ser sinceros). Que la masa que llenaba los jardines y visitaba los palacios imperiales se mostrase serena, muy civilizada en su comportamiento, tranquila y sonriente, ¿era sólo una ilusión? A pesar de la desconfianza con la que algunos de nosotros tomamos el viaje, diciendo a hurtadillas «a mí no me engañan», a raíz de lo que sabíamos que acontecía en travesías semejantes a la Unión Soviética, preparados para resistir las seducciones de la propaganda, no puedo negar, con la distancia del tiempo, que fue enorme la atracción que despertó en la mayoría de nosotros, comunistas y no comunistas, esa sociedad en profunda transformación que buscaba sepultar no la gran tradición cultural, que antes al contrario era continuamente evocada y exaltada, sino el pasado reciente de miseria y corrupción de la vieja China. El viaje no proporcionó certezas absolutas a quien tenía dudas. Pero era evidente la grandeza de la misión que el Partido, el noble Príncipe (y al partido de Mao parecía que no podía quedarle mejor el nombre), había asumido; nadie entonces se atrevía a pensar que fallaría ni, creo, lo esperó.

Hubo momentos difíciles, lo reconozco, en los que nos encontramos frente a malignas reticencias, a falta de sinceridad, a intentos de eludir argumentos embarazosos, a respuestas preconcebidas carentes de chispa, a cosas aprendidas en escuelas de partido, al típico recurso al principio de autoridad; era evidente que los métodos del comunismo soviético habían sentado sus reales. Muchos delegados escribieron libros sobre el viaje, Cassola, Bernari, Antonicelli, Fortini. A mi parecer, el más rico en sugerencias para el lector de hoy es el de Fortini, *Asia mayor* (Einaudi, 1956). Los momentos difíciles son descritos sin medias tintas o piadosas justificaciones, sin corteses silen-

cios o hipócritas adulaciones. Recuerdo el párrafo en el que se describe «un diálogo entre profesores de filosofía» (el título es irónico), en el que me tocó hacer la pregunta sobre la situación de la filosofía en China. Comentario: «Las respuestas se dan en pocas palabras, sin gestos de cordialidad, sin sostén. No se sabe cómo concluir el coloquio». Cuando preguntamos el número de estudiantes de filosofía de Pekín y pedimos referencias sobre el mayor filósofo nacional, Fun Yu-lan, apreciamos «las furtivas sonrisas de entendimiento que de tanto en tanto se dejaban entrever en los labios de ellos». Conclusión: «Una sensación desagradable».

Otro episodio: al partir de Pekín para Italia se acercaron a mí dos intérpretes a los que les había encargado el envío de algunos libros. Me dijeron que uno de los textos no podía ser expedido porque era de un traidor. Se trataba de un volumen, que adquirí en Italia, de un autor chino, miembro del comité central del partido, Kao Kang, publicado en inglés por las ediciones estatales chinas. Resalto: el libro fue editado por ellos. Fueron inamovibles, el libro me fue confiscado. Cuando se lo conté a Fortini me reclamó por no haber insistido y agregó: «No había motivo para que cedieras tan fácilmente y perdieras una espléndida ocasión para hacerles entender lo que pensamos sobre ciertas cosas». No sé lo que hubiera podido hacer, arrebatárselos el texto de las manos; pero la observación de Fortini me pareció plenamente justificada.

Creo que la interpretación más exacta de nuestro estado de ánimo, entre admiración y desconfianza, y al mismo tiempo la aclaración más justa a las dudas que nos surgieron, y que todavía hoy me planteo, se encuentra en una breve respuesta que Fortini dio a la interrogante sobre lo que fuimos a buscar a China: «Una nueva relación entre los hombres». De parte de personas—continúa Fortini—habitadas a vivir en una sociedad que «nos ha acostumbrado perfectamente a ignorar la humanidad del que está junto a nosotros, del campesino tocando las puertas de la ciudad, del obrero». Todos estábamos más o menos desilusionados por una transformación de la sociedad italiana que se deseaba ardientemente y que no se había dado. Concluía: «La revolución italiana tiene que aprender de la china no tanto la flexibilidad que entre nosotros corre el riesgo de llamarse eclecticismo y oportunismo, sino la confianza en la posibilidad de cambiar realmente las relaciones entre los hombres y de romper definitivamente con los espectadores de desilusiones, de compromisos, con la barrera del 'siempre lo mismo' que ha atrapado ya a tres generaciones» (¡ojalá fueran solamente tres!).

Precisamente en los días en que partía nuestra delegación estallaba el caso Hu Feng, un escritor conocido en Occidente que, prohibida la circulación de sus escritos, fue arrestado por conspiración política. El Congreso para la libertad de la cultura denunció el caso abiertamente; viajamos con el propósito de discutirlo con nuestros anfitriones. For-

mulamos una serie de cuestionamientos sobre la manera en que el gobierno chino concebía las relaciones entre la política y la cultura, y sobre la libertad de prensa del nuevo régimen. Las respuestas amplias y argumentadas que se nos proporcionaron no llegaron a disipar nuestras dudas: naturalmente la persecución se debía al hecho de que el autor incriminado había participado en un complot político, no por sus escritos. Al joven intérprete que defendía la tesis oficial, sosteniendo que Hu Feng debía ser condenado porque andaba predicando que los poetas no deben necesariamente interesarse en las luchas políticas y pueden hacerse lindos versos contemplando la luna, Calamandrei le explicó pacientemente, sin convencerlo, que un gran vate italiano había escrito una poesía a la luna y que hay problemas en el mundo que no sólo se refieren a la relación entre opresores y oprimidos sino a todos los hombres, al misterio de la vida, a los motivos del dolor, al amor, a la muerte.

Por iniciativa del propio Calamandrei, *El Puente*, la revista fundada y dirigida por él, publicó a los pocos meses un volumen compuesto por más de setecientas páginas, *La China actual*, como número extraordinario del mes de abril. En él colaboran casi todos los miembros de la delegación, pero el mayor número de páginas lo escribió el propio Calamandrei, describiendo las cosas que vio. Fueron invitados a colaborar escritores chinos, italianos y extranjeros. El texto estaba ilustrado con muchas fotografías. Una de éstas presentaba a Calamandrei mientras escribía en el pizarrón de una fábrica de acero de Sceng Yang un mensaje de saludo de los obreros italianos a los trabajadores chinos.

El volumen fue inmediatamente comentado en una reseña acre y malévolas, que alternó sarcasmos e insultos, de Nicola Chiaromonte en la revista *Tiempo presente*, dirigida por él mismo y por Silone. En ella se leía que desde hacía más de cuarenta años el ingenio de muchos intelectuales había servido para justificar y exaltar todas las tiranías modernas y se calificaba al número especial de *El Puente* sobre China como un ejemplo típico de este añejo vicio. Los dardos estaban dirigidos particularmente contra Calamandrei, acusado de haber querido ensalzar al régimen de Mao después de haber permanecido en aquel inmenso país durante pocos días, y haber visto lo que los anfitriones le habían querido mostrar. Bastaba mirar la fotografía del profesor que escribía el mensaje sobre el pizarrón para concluir: «Falso el gesto, falsa la frase, falsa la situación, falso el hombre en esa condición. Son cosas que se hacen por constricción y por artificio; no en el aire fresco de la libertad». («Aire fresco de la libertad» era una expresión de Robert Guillard que describía la sensación experimentada al dejar China, donde la falta de libertad casi le había provocado un malestar físico). Calamandrei respondió con el artículo «El tiempo de la mala fe» (en el que retomaba un título del mismo Chiaromonte), publicado poco antes de su muerte en septiembre del mismo año. La-

mentando los insultos, observó que la delegación no fue a China con los ojos vendados, como se podía apreciar por algunos artículos del libro promovido por él mismo, y defendió la posición de quienes para contribuir a la evolución del comunismo hacia la libertad estimaban que la mejor vía era la de mantener abierto el diálogo con los chinos en lugar de marginarlos de la humanidad. No se trataba de decir si en abstracto era mejor el régimen popular chino o el sistema democrático occidental, sino de tratar de entender «si tal régimen representa para ese pueblo un progreso real hacia la justicia y la libertad en comparación con los gobiernos que había tenido».

Yo entonces me reconocí completamente en esas observaciones de Calamandrei. Poco antes de nuestra salida publiqué el libro *Política y cultura*, que contenía varios escritos en los que mostraba con profunda convicción la confianza en la vía del diálogo con algunos reconocidos comunistas italianos, manteniendo firme el principio de la libertad, que estaba tan cerca del corazón de Chiaromonte, un principio que no olvidamos en nuestro recorrido por aquel Estado comunista. Mi contribución al volumen consistió en un artículo sobre las «Líneas fundamentales de la Constitución china». Lo concluí resaltando la diferencia, que estaba en los cimientos de mi discusión con los comunistas italianos, entre la mentalidad liberal que, teniendo una concepción relativista de la verdad, estima que los contrastes de opinión no pueden ser resueltos sino mediante la comprensión y la tolerancia recíproca, y el marxismo que, considerando que hay leyes universales de la historia, de la que él sólo es el intérprete, califica a su verdad como la única, y actúa en consecuencia. Dejaba abierta la cuestión de quién tendría razón, aunque yo me había ubicado siempre en la otra parte. Pero el dilema era claro. Tuve siempre la convicción de que en una sociedad «saturada de cargas de valores muy arraigados», como decía entonces, la alternativa entre los dos polos del dilema no fuese tan simple, como le parecía tanto a los fanáticos como a las almas simples, de una parte y de otra.

Ahora la alternativa parece más fácil. Ya no tiene caso plantearse por temor o por esperanza, según el caso, la pregunta: «¿Y si el intento tuviese éxito?». El propósito no fructificó. La diferencia radica en el sentido que se le ha querido dar a esta conclusión catastrófica: o el inevitable alcance del proyecto perverso de exterminar una clase, la burguesa, como dijo todavía recientemente Ernst Nolte; o el fracaso igualmente inevitable de un gran diseño de transformación del curso histórico, en el que creyeron o que desearon millones de hombres. La justa derrota de un crimen espantoso o la utopía puesta de cabeza. De las dos posibles conclusiones, la más trágica es, sin lugar a dudas, la segunda.

---

(1) Organización antifascista fundada en 1943 que enarboló la ideología del socialismo liberal. De esta agrupación formó parte Norberto Bobbio. A diferencia de lo que muchos de los militantes del PdeA esperaron en el sentido de que con la victoria la organización se acrecentara y tomara fuerza en

---

la sociedad italiana, la verdad es que al poco tiempo de la derrota fascista el PdeA desapareció. Esta dolorosa experiencia ha sido analizada y comentada por Bobbio en algunos de sus escritos. (*N. del T.*)

*Norberto Bobbio*

(2) Escritor y periodista turinés. Director de la revista *Revolución liberal* asesinado a temprana edad por los fascistas. El liberalismo que profesaba era radical y comprometido con los problemas sociales. Incluso llegó a sostener que sus convicciones doctrinarias estaban cercanas al socialismo. Gobetti ha pasado a la historia como un símbolo del compromiso con las libertades y con la justicia. Se dice que fue amigo de Gramsci y que éste mismo dijo que de haber vivido más se hubiera convertido en el «Marx de los liberales». (*N. del T.*)

*Este ensayo apareció originalmente en la revista italiana Nuvole, y posteriormente en la revista mexicana Nexos. Traducción de José Fernández Santillán.*

---